

Alter

Las citas



ONVIENE cuidarse mucho de las citas: suelen dar grandes sorpresas y no son siempre agradables. Ocurre igual que con algunas personas halladas en el campo o, también, no hay inconveniente, en la ciudad y que de pronto nos deslumbran, nos atraen, proponiéndonos mil perspectivas, mostrándonos puertas y caminos inesperados por donde ir a lo que justamente pensábamos. Las sacamos de su medio, las transportamos a otro para darles valor y que ellas, a su turno, realcen y hagan vibrar en torno la atmósfera. Pues, nada. Cuanto nos habíamos prometido de increíble se deshace y la divina creatura, misteriosamente transmutada, se vuelve ser vulgar, opaca, sorda, desprovista de ecos y de rayos, uno de esos puntos muertos donde nada resuena: «où l'univers vient s'anéantir», según la enérgica expresión de un maestro.

Aquí tenemos un ejemplo.

«Où l'univers vient s'anéantir», donde el universo

viene a aniquilarse, donde el sistema cósmico se consume sin dejar huella. No se negará que es una bella frase, una terrible frase. ¿Produce el efecto que a mí me causó cuando la leí? Lo dudo. Recuerdo perfectamente dónde y cuándo la encontré. Hace ya muchos años y no ha podido írseme de la memoria. Leía un libro de un autor muy célebre entonces y ahora bastante menos, que se llevaba mucho y ahora casi nada, al cual, sin embargo, le permanezco fiel, porque hallo indigna la falta de gratitud con quienes nos dieron una parte de su alma, aunque fuera, como en este caso, un alma literaria. Peor aún, libresca. Ya habréis comprendido que me refiero a Anatole France. Una de sus novelas pinta a un oficinista, pobre empleado administrativo que tenía, según creo, rudimentarias aficiones intelectuales, algo así como un muñón de ala atrofiada. Quería, a menudo, volar, pero no podía. En su desesperación, culpaba de esta impotencia al ambiente, al aire estrecho, a los papeles irrespirables y, sobre todo, a sus compañeros de trabajo, ninguno de ellos dotado de la menor originalidad, todos chatos, pacíficos, de una limitación desesperante. Experimentaba particularmente verdadero odio contra cierta especie de animal de labor, un rumiante a quien nada ni nadie sorprendía, hombre capaz de escuchar la trompeta del Juicio como quien oye la campana del reloj indicando la hora de coger el sombrero y marcharse, porque el trabajo ha terminado. Pues bien, ahí es donde incide aquella frase categórica y expresiva. Hablando de aquel hombre,

de ese monstruo burocrático y neutro dice que su proximidad constituyó una de las grandes desgracias de su vida, porque era uno de esos seres-abismos «où l'univers vient s'anéantir», donde el universo, como una inmensa ola, viene a estrellarse y no estalla, no rompe, no echa espuma ni arroja el menor ruido, sino que, apagadamente, vulgarmente, se hunde y deja de ser, aniquilado. A mí me impresionó mucho el personaje; «por aquel tiempo», tenía al lado uno igual, que era, por añadidura, irreprochable, buenísimo, con todas las cualidades necesarias para hacerse amable, incluso la generosidad y muchas raras virtudes. Pero carecía de resonancia. Nada le tomaba de nuevo, nunca, ni ante la noticia más extraña abría la boca, o levantaba los brazos. Todo lo recibía con la misma sonrisita de aprobación e inteligencia. Porque no era tonto. Ni siquiera eso. Tampoco se le podía llamar inteligente. Era arreglado, ordenado, con mucho sentido común, de una razón a toda prueba y un criterio infalible. ¡Ah las malditas cualidades! Desde entonces las odio. Vengan locos, vengan pillos, vengan extravagantes peligrosos, indefinibles, ocultos, cualesquiera a cambio de esa persona a cuyo lado uno sentía que la gran catarata de los acontecimientos, el «torrente de las apariencias» se deshacía, convirtiéndose en nada. Es decir, en lo que son. «Oh! toi, sans qui les choses ne seraient que ce qu'elles sont!».

Otra cita.

Esta es un verso de Edmond Rostand, y pertenece al himno al sol que entona Chantecler.

En general, los versos resultan preferibles como citas y, mejor aún, si se juntan varios y forman estrofa. Conviene ponerlas, no en líneas corridas, sino tal como vienen para que, aun antes de leer el artículo o la página, se destaquen y el lector sepa que ahí hay un descanso, que en ese sitio hallará varios renglones cortos, rápidos, fáciles. Hay que contar de antemano con la pereza del lector y su espíritu práctico. Rara vez un trozo de poema hace mal papel engastado en la prosa, excepto cuando se pondera demasiado su valor antes de reproducirlo, pues quien mucho espera se satisface difícilmente y exige siempre más. Recuerdo que uno de esos «críticos de críticos», tan abundantes en el público, se burló de mí, porque cité con sumos elogios una frase de Mariano Picón Salas, deliciosa a mi gusto, insignificante, banal y adocenada, según aquel censor. Pues ocurrióme que, citada o re-citada por él, también a mí la frase en cuestión me resultó insípida.

Y es que podría perfectamente decirse de la atmósfera circundante lo que el gallo del dramaturgo le decía al sol:

—¡Oh! tú sin quien las cosas sólo serían lo que son!

El ambiente, la atmósfera, el aire, lo que precede y lo que sigue a un rasgo, a una figura, constituye parte de ella misma. A veces la mitad. O más. Un rayo de

luz nos crea y otro nos mata y sepulta sombra adentro (1).

En virtud de esta ley, así como algunas citas se desvanecen sacadas de su medio y traspuestas, otras, en cambio, adquieren un valor insospechado, toman aires sentenciosos y se vuelven trascendentales, sibilinas, especialmente si el autor no las injerta en el texto sino que las eleva a la categoría de epígrafes y las destaca sobre el comienzo de un capítulo, mejor aún, al centro de una página blanca, solitarias y señoras. ¡Oh! entonces, puede asegurarse que no hay temor alguno, que cualquier cosa, la menos profunda, tomará resonancias de oráculo, hará pensar largamente, como una sostenida por el pedal. Imagínese la página al principio de un libro filosófico, por ejemplo, y esta frase de Perogrullo en gruesos caracteres: «Cuando las sombras se disipan, la luz aparece en todo su esplendor». Nada más. Con eso basta. ¿Lo halláis poco? Pues, por cosas más vacías han discutido escuelas, se han batido pueblos y se fundaron religiones. Comentando la facilidad con que en Oriente surgen y se propagan las corrientes místicas, refiere Renan la aventura de un explorador francés que enseñó a los nativos de cierta tribu árabe una moneda de diez céntimos con la inscripción: «Liberté, égalité, fraternité». Produjo el efecto de una explosión, fué tomado por profeta, lo declararon nuevo Mahoma, se halló su texto superior al Corán y hubo

(1) Existe una teoría muy interesante del sabio Nicolai llamada el fotomorfismo, según la cual todas las formas derivan de la luz.

de huir perseguido por turbas fanáticas que vociferaban, delirando de fe: «¡Libertad, igualdad, fraternidad!»

Efecto de una cita oportuna que halló ambiente propicio. Igual que esa persona descubierta por ahí, bajo una mala vestidura, y que trasladada a otro medio, bien vestida, bien rodeada, se maneja con tal garbo que eclipsa a todo el mundo y se lleva las voluntades.

Algunos autores poseen el arte de las citas, las traen con tanta discreción que sólo por eso vale la pena leerlos. Hace mil años, apareció en Santiago la hoy lejana figura de Shade, una escritora. El primer comentario que provocó en sus lectores recordamos que fué un reproche por la abundancia y sabiduría de sus citas y el que casi siempre las hiciera—supremo refinamiento—en algún idioma extranjero: inglés, francés, italiano, hasta latín. Calcúlese el escándalo en aquella época, unos cuarenta años atrás. Pedantería, suficiencia, farsa, deseo de lucirse, comedia ¿qué no se dijo? Ella sonreía, complacida en el fondo: era raro que las señoras de sociedad llamaran la atención por otra cosa que sus vestidos o sus carruajes: despertar críticas por motivo tan insólito ya constituía una especie de triunfo. Una vez me gustó particularmente una imagen a propósito de un artista nuevo, de corta edad y ya notable. Decía: «Siempre quedará sobre la frente de la juventud ese sello regio del tiempo que aun no ha pasado». La palabra «regio» no estaba aún prostituída: traducía bien «royal» francés, idioma en que la nove-

lista chilena pensaba. Ella hizo pasar la frase como ajena. Le pregunté dónde la había hallado; repuso que en ninguna parte; era suya. Agregó con indiferencia que me dejó muy perplejo:

—No significa nada, pero es bonita.

Puesta entre comillas, atribuída a «un maestro», causaba impresión.

Armando Donoso citaba mucho. Tal vez demasiado. Había leído tanto, con tal ansiedad, con tal prisa, que los libros se le apretaban y querían, de cualquier modo, no importa cómo, salir. Era una plétora de erudición impaciente. Otros hacen peor: acumulan nombre y nombres, sin frase, sin imagen, sin pensamiento, sin nada; retahilas, hileras, rimeros interminables de nombres volcados, por el motivo menos importante y a causa de nada. Son bombarderos de la literatura que derrumban estantes de libros como para aplastar al auditorio (2).

A éstos, a éstos, a aquéllos y al de más allá les repetiríamos:

Cuidado con las citas, mucho cuidado; son armas preciosas si se manejan bien, pero hay que saber elegir

(2) Hay todavía otra ciencia o arte de las citas que se podría llamar el de la cita gigantesca. La cultivaron mucho los historiadores chilenos del siglo XIX y alguno le debe a ella el cincuenta por ciento de su celebridad. Consiste en buscar y descubrir nuevos documentos, ponerles unas cuantas líneas de introducción, cortarlos de cuando en cuando para intercalar algunas reflexiones, generalmente, inútiles, reanudarlos luego y agregarles, al fin, cuatro palabras de comentario. Con ese sistema, que Omer Emeth llamaba de «adobón», en menos de lo que canta un gallo se edifica un libro y se mantiene una reputación.

el blanco y no menudear los proyectiles. Si las reminiscencias los agobian y necesitan abrirles paso, empleen las citas a medias palabras, una alusión o comillas iniciales y finales; rinden homenaje a la propiedad intelectual y no cometen robo. Basta. El lector inteligente entenderá. Cuanto al otro... El otro, el que no entiende, no importa, ése admira siempre.

San Luis de Peñalolén, 11 de mayo de 1949.